



18 de marzo de 1877

RESPONDER CON UNA GRAN GENEROSIDAD AL DON QUE NUESTRO SEÑOR NOS HACE DE SU PRECIOSA SANGRE

Queridas hijas:

Al empezar esta santa quincena¹ quisiera elevar vuestros pensamientos hacia la preciosa sangre de nuestro Señor Jesucristo. Es una de las grandes devociones de la Iglesia. Incluso puede decirse que es, como la sagrada Eucaristía, el alma de las devociones de la Iglesia. El capítulo² de hoy dice precisamente, que nuestro Señor, *como gran sacerdote de los bienes venideros (...) entró de una vez para siempre en el santuario, derramando, no la sangre de animales, sino su propia sangre*³.

La preciosa sangre nos recuerda primeramente la Pasión, (y por eso la santa Iglesia nos lo dice hoy), nuestro Señor habiendo derramado toda su Sangre en los sufrimientos de la Pasión y en la última efusión que se vertió en el Calvario. En seguida nos recuerda la sagrada Eucaristía, dode nuestro Señor ha dejado su preciosa sangre sobre la tierra. Y es en la sagrada comunión donde la recibimos tan a menudo. Los sacerdotes la dejan correr sobre el altar con tanta profusión que sólo los ángeles pueden hacerse una idea. Aquí, como en todos los misterios de la fe, no hay que detenerse en lo que se ve. Bajo la apariencia de una gota de vino hay toda la abundancia, toda la generosidad de la sangre divina, que se ha esparcido sobre el altar del santo sacrificio de la misa y que se difunde en nuestras almas por la sagrada comunión.

¿Qué es lo que voy a pedirlos a cambio de esto? Evidentemente, una generosidad muy grande. Es necesario que cada una de nosotras mire en su interior, durante esta quincena, si devuelve a nuestro Señor sangre por sangre, es decir, toda la sangre de su alma, de su voluntad, de su vida; si se entrega a nuestro Señor a cambio de los sufrimientos extremos que soportó sobre la cruz y del rescate que ha hecho de nuestras almas.

Quiero pedirlos, además, una segunda cosa. Ciertamente cada una de vosotras procura prepararse para la comunión, purificando su alma y poniéndose en disposiciones generosas y fervorosas. ¿Pero, hacemos esta preparación de la mejor manera que podríamos?

La donación que hacemos de nosotras mismas, ¿corresponde a la donación, sin reserva, de nuestro Señor Jesucristo? Si así fuera seríamos todas santas; porque si esta preciosa sangre entrando en nuestra alma la encontrase libre y perfectamente dispuesta, Él la purificaría, la divinizaría, y pondría en nosotras todas las disposiciones que todavía nos faltan.

En alguna parte dice San Vicente de Paúl: *¿Qué hace esta Sangre cuando penetra en nosotros? Está en nuestro corazón para amar a Dios y al prójimo, en nuestras manos para practicar buenas obras, en nuestros pies para dirigir nuestros caminos, en fin, en todo nuestro*

ser para inspirar santas inclinaciones de fervor, de mortificación, de generosidad, de caridad. He aquí lo que haría la sangre de nuestro Señor Jesucristo si le dejásemos obrar libremente. *¿En qué consiste este Misterio?* dice San Alfonso de Liguori: *Llevamos un fuego en nosotros, y no abrasamos* ¡Ah!, es que hay algo en nosotras que se opone a la acción divina. Este impedimento, este obstáculo, es que no nos damos hasta nuestra sangre, hasta lo íntimo de nuestra alma. No sacrificamos a Dios todo lo que nos es querido. Nos reservamos algo, conservamos como puntos oscuros, en los cuales la sangre de nuestro Señor Jesucristo no puede penetrarnos con su poder de purificación, de santidad, de asimilación y de luz.

Si hay un momento en el año en que deba decirse: “¿Estoy dispuesta a todo? ¿Lo he dado todo?”, ninguno como éste, en el que la Iglesia nos pone ante los ojos los sufrimientos soportados por nuestro Señor para la salvación de nuestras almas. Meditando las circunstancias dolorosas de la Pasión del Salvador hay que preguntarse: “Cuando se trata de humillaciones, ¿estoy dispuesta a seguir a mi Maestro? Y en ocasiones de anonadamiento, ¿consiento en ser tenida por nada, despreciada, degradada?”

Ved cómo El, que es la santidad misma, la justicia misma de Dios, ha sido juzgado y condenado en los misterios que vamos a celebrar. Pensando en estos divinos ejemplos preguntémonos: “¿Es que lo doy todo? ¿No hay en mí algo que me detenga, algún impedimento?” Recorred todo vuestro ser, vuestros pensamientos, vuestros sentimientos, vuestros afectos, vuestra voluntad. Analizadlo todo para ver si lo dais todo y si, a cambio del don completo que nuestro Señor os ha hecho de sí mismo, encuentra en vosotras las disposiciones generosas que os harían subir con Él hasta el Calvario.

En fin, hermanas, cuando recibáis a nuestro Señor, os pido que penséis en esa preciosa sangre, que es como un carbón de fuego depositado sobre vuestros labios, que con su propio poder quiere difundirse por todo vuestro ser. Abridle las puertas de vuestra alma y tened una gran confianza. Comprendéis que Dios nunca nos daría dones como éstos si no quisiera realizar en nosotras cosas que están por encima de todo sentimiento, de esas cosas que el ojo del hombre no puede ver y que su oído no puede percibir.

Cuando Dios mismo se nos entrega, cuando su preciosa sangre penetra hirviendo dentro de nuestra alma y corre por nuestras venas, ciertamente es que Dios quiere hacer en nosotras cosas admirables. Solamente hay que dejarle hacer, hay que entregarse del todo con fe y confianza, dejarse penetrar por todas partes, que lo purifique todo y que disponga de todo.

Me parece que el tiempo de acción de gracias no puede emplearse mejor que en la adoración de esta preciosa sangre, que está dentro de nosotras y que quiere invadirlo todo. Viendo a esta sangre ascender a vuestro espíritu, descender a vuestros miembros, penetrar todas vuestras potencias, suplicadle que reine en todo, que se apodere de todo, que todo lo purifique y todo lo divinice, como ese carbón de fuego que fue depositado sobre los labios del profeta Isaías⁴. Recibimos un don más íntimo que ese carbón, cogido del celestial altar, porque es la sangre misma de un Dios la que toca nuestros labios.

Debería también haberos dicho que, cuando asistís al santo sacrificio de la misa, debéis acostumbraros a ver correr esa sangre sobre el altar y poner os vosotras bajo esa sangre y poner con vosotras todos aquellos que en la Iglesia necesitan esa sangre purificadora. En el momento en que el sacerdote pronuncia sobre el cáliz las palabras de la consagración, esa sangre divina está dispuesta a extenderse por todas partes. Está, en cierto modo, a disposición de la oración.

Tengo todavía que daros un consejo, no menos importante. Cada vez que os confeséis, en el momento en que el sacerdote pronuncia sobre vosotras las palabras de la absolución, que no falte nunca el olvidaros de todo lo que es terrestre, y de inclinaros al pie de la cruz de nuestro Señor Jesucristo para recibir la efusión de su preciosa sangre. Olvidaos del ministro del sacramento de la penitencia, de lo que le habéis dicho, de lo que ha podido deciros. Que vuestra gran devoción sea la santa absolución, que hace derramar esa sangre divina sobre vuestra alma.

Refiere Santa Juana de Chantal que en una época de su vida había estado muy enferma, tanto que creían que se moría y que san Francisco de Sales, en su encantadora sencillez, la exhortó a ponerse como una pequeña lagartija bajo la sangre que corría de la Cruz y quedarse en paz y tranquilidad, sin temor alguno a los asaltos del enemigo.

Resulta de ahí que, no solamente por la comunión y por la absolución, sino también por la oración y la confianza podemos, a todas las horas del día y de la noche, mantenernos bajo esa protección que proviene de la cruz. Sin duda santa Juana de Chantal había recibido esa sangre de una manera especial en los sacramentos. No más que nosotras; ella no podía estar continuamente recibiendo la absolución durante ese largo período de sufrimiento y de agonía, y, sin embargo, san Francisco de Sales le decía: *Estese usted, hija mía, como una pobre lagartija*, es decir como una pobre pequeña criatura y la última de los seres, permanezca ahí, bajo esa preciosa sangre.

Este será también mi último consejo. Durante estas dos santas semanas, permaneced mucho tiempo al pie de la cruz. Dejad correr esa preciosa sangre sobre vuestra alma: que os lave por la absolución, que os fortalezca por la santa comunión. Que, derramándose para vosotras cada mañana sobre el altar, os comunique también a lo largo del día una nueva gracia de purificación.

Recordad también la generosidad. La sangre de nuestro Señor es una sangre generosa. Quiere almas que respondan con generosidad. Pide a todas las horas, a todos los instantes, un corazón que le esté totalmente abierto, una voluntad enteramente entregada, un alma que ame el sacrificio y que, en el sacrificio, procure cuanto pueda para responder a ese don infinito y recibir menos indignamente esa sangre divina tan preciosa, que descendió del cielo por un amor que no se puede comprender.

1. Domingo de Pasión, que se celebra 8 días antes del de Ramos.
2. Lectura breve del Oficio.
3. He 9, 11-12
4. Is 6, 6-8